



« Misericordia y Amor al prójimo según
San Agustín.» // Ciclo 2016

Fuentes VII

La caridad y el amor al prójimo.

De la doctrina cristiana (396)

Libro I.

Cap. XXVI

Se ha dado el precepto de amar a Dios, al prójimo y a sí mismo.

27. No hubo necesidad de dar un precepto para que el hombre se amase a sí mismo y también a su cuerpo; lo que somos y lo que es inferior a nosotros, como pertenece a nosotros, lo amamos por la ley inviolable de la naturaleza, la cual también se promulgó en favor de las bestias, porque todas las bestias se aman a sí y a sus cuerpos. Restaba que se nos

entregasen preceptos para amar lo que está sobre nosotros y lo que se halla junto a nosotros. El evangelista dice: *Amarás a tu Dios y Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos preceptos se incluye toda la ley y los profetas.* Así, pues, el fin del precepto es el amor, mas duplicado, es decir, amor de Dios y del prójimo. Si comprendes todo tu ser, esto es, tu alma y tu cuerpo, y todo el ser de tu prójimo, es decir, su alma y su cuerpo (el hombre consta de cuerpo y de alma), observarás que no se omitió en aquellos dos preceptos género alguno de cosas que deben amarse. Mas como se intima el amor de Dios y aparece prescrito el modo de amarle, de tal suerte que todas las cosas converjan en él, parece que nada se dijo del amor del hombre a sí mismo. Pero al escribirse *amarás al prójimo como a ti mismo* no deja de intimarse al mismo tiempo el amor que cada uno debe tenerse a sí mismo.

Cap. XXVII

Orden del amor.

28. Vive justa y santamente el que estime en su valor todas las cosas. Éste será el que tenga el amor ordenado de suerte que ni ame lo que no deba amarse, ni deje de amar lo que debe ser amado, ni ame más lo que se debe amar menos, ni ame con igualdad lo que exige más o menos amor, ni ame, por fin, menos o más lo que por igual debe amarse. Ningún pecador debe ser amado en cuanto es pecador. A todo hombre, en cuanto hombre, se le debe amar por Dios y a Dios por sí mismo. Y como Dios debe ser amado más que todos los hombres, cada uno debe amar a Dios más que a sí mismo. También se debe amar a otro hombre más que a nuestro cuerpo; porque todas las cosas se han de amar por Dios y el hombre extraño a nosotros puede gozar de Dios con nosotros, lo que no es capaz nuestro cuerpo que vive del alma con la que gozaremos de Dios.

Cap. XXVIII

A quién se debe socorrer cuando no se puede a todos, ni a dos.

29. Todos deben ser amados igualmente, pero cuando no se puede socorrer a todos, ante todo se ha de mirar por el bien de aquellos que, conforme a las circunstancias de lugares y tiempos de cada cosa, se

hallan más unidos a ti como por una especie de suerte. Así como abundando tú en algo que debieras repartir entre los que no tienen nada, y acercándose dos de los cuales ni uno ni otro, o por la indigencia o por la necesidad, se hallasen en distinto nivel de miseria, sin poder socorrer a los dos, no harías en esta ocasión cosa más justa que echar a suertes, para dar a uno lo que no puedes dar a los dos; así también, cuando no puedas favorecer a todos los hombres, se ha de considerar como suerte la mayor o menor conexión que tuviesen contigo.

Cap. XXIX

Debemos desear y procurar que todos amen a Dios.

30. De todos los que pueden gozar de Dios con nosotros, amamos a unos a quienes favorecemos; amamos a otros que nos favorecen; amamos a algunos de quienes necesitamos auxilio y al mismo tiempo atendemos a su indigencia; amamos, por fin, a otros a quienes no somos de ninguna utilidad, ni tampoco la esperamos de ellos. Pero debemos querer que todos amen a Dios con nosotros, y ordenar a este único fin todo el bien que les hacemos o que ellos nos hacen. Si en los escenarios de la maldad, el que ama a un gran cómico se llena de tan inmenso gozo por la destreza de él, que ama también a todos los que con él le admiran, y los ama no por ellos, sino por el cómico a quien juntos aman; y cuanto es más ferviente el amor que le tiene, tanto más procura por distintas maneras que sea amado de muchos y tanto más desea darle a conocer a cuantos pudiere; y al que ve indiferente, intenta cuanto puede excitarle al amor con alabanzas al cómico; pero, si halla que alguno le es positivamente contrario, aborrece en él el aborrecimiento que tiene a su apasionado y procura e intenta por todos los medios arrancarle esta aversión. ¿Qué no debemos ejecutar nosotros en la comunidad del amor a Dios, en cuyo gozo consiste la bienaventuranza y de quien todos los que le aman han recibido el ser y el mismo amor que le tienen; de quien no tememos que, conocido, pueda desagradar a ninguno; y que si quiere ser amado no es para que se le dé algo, sino para dar a los que le aman el premio eterno, es decir, la posesión y gozo del mismo Dios? De aquí se deduce que hemos de amar aun a nuestros enemigos, porque no tememos que puedan quitarnos el bien que amamos; antes bien, nos compadecemos de ellos porque, cuanto más nos odian, tanto más se alejan del bien que amamos. Si volvieren a Él, le amarían como a bien

que da la bienaventuranza, y necesariamente nos amarían como compañeros participantes con ellos del bien infinito.

Cap. XXX

Todos los hombres y los ángeles son nuestros prójimos.

31. Se presenta aquí no pequeña cuestión sobre los ángeles. Ellos son bienaventurados gozando ya de aquel bien que nosotros anhelamos gozar. Y lo poquito que en esta vida gozamos nosotros como por espejo o enigma, nos hace soportar con mayor tolerancia esta nuestra peregrinación hacia él, y más ardientemente deseamos acabarla. No se pregunta sin fundamento si aquellos dos preceptos del amor alcanzan también a los ángeles. Porque el que mandó a los hombres amar al prójimo, no excluyó a ninguno de los hombres de esta ley, como el mismo Señor lo demostró en el evangelio y también el apóstol San Pablo. Pues como aquel a quien propuso el Señor dichos preceptos, añadiendo que en ellos se encerraba toda la ley y los profetas, interrogase al Señor diciendo *quién es mi prójimo*, le propuso la parábola de un hombre que, bajando de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos ladrones, que habiéndole robado y herido gravemente le dejaron allí medio muerto. El Señor le enseñó que el prójimo era aquel que se paró ante el herido y usó de misericordia con él, reanimándole y curándole; lo que también confesó el que había preguntado. A éste dijo el Señor: *Anda y haz tú lo mismo*, para que entendiéramos que nuestro prójimo es aquel con quien hemos de ejercitar la misericordia, si la necesita, o con quien debiéramos ejercitarla si la necesitara. De donde se infiere, que también es nuestro prójimo aquel que recíprocamente debe ejecutar esto con nosotros. El nombre de prójimo indica relación y nadie puede ser prójimo sino de su prójimo. ¿Quién no ve que a ninguno se excluye del precepto y a nadie se niega el deber que exige la misericordia, cuando el mandato se extiende hasta los enemigos, según lo dijo el Señor: *Amad a vuestros enemigos y haced bien a los que os aborrecen?*

32. Esto mismo enseña el apóstol San Pablo cuando dice: *No adulterarás, no cometerás homicidio, no hurtarás, no codiciarás, y, si existe otro mandato, se encierra en esta sentencia: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pues el amor del prójimo no ejecuta mal alguno.* Luego cualquiera que piense que el Apóstol no dio aquí el precepto para todos los hombres, se verá obligado a confesar lo más absurdo y abominable que

existe, que San Pablo no reputó por pecado que alguno adulterase con la mujer de uno que no fuese cristiano o de un enemigo; o que le matase o codiciase sus bienes; y si esto es una locura, es evidente que a todo hombre se le ha de contar como prójimo, puesto que no se ha de inferir mal a nadie.

33. Si con razón se llama prójimo a quien debemos prestar o de quien debemos recibir el ministerio de la misericordia, es claro que en este precepto por el que se nos ordena que amemos al prójimo están incluidos los santos ángeles, de quienes recibimos tantos favores, como es fácil advertir en infinitos pasajes de la divina Escritura. De ahí que también el mismo Señor y Dios nuestro quiso llamarse nuestro prójimo, pues Jesucristo nuestro Señor se simbolizó en el que socorrió al hombre tendido en el camino, herido, semivivo y abandonado por los ladrones. Asimismo el profeta dice en su oración *como prójimo y hermano nuestro así me complacía*. Pero como la naturaleza divina es infinitamente superior a la nuestra, por eso el precepto del amor a Dios es distinto del amor al prójimo. Él nos ofrece su misericordia por sola su bondad; nosotros nos ayudamos mutuamente puesta la mirada en Él; es decir, Dios se apiada de nosotros para que le gocemos, nosotros nos apiadamos mutuamente para gozarle.

Cap. XXXI

Dios usa, no goza de nosotros.

34. Aún no es claro el decir que gozamos de una cosa cuando la amamos por sí misma, y que solamente debemos gozar de ella cuando nos hace bienaventurados; y que de las otras usamos. Porque Dios nos ama, sin duda; y este amor de Él para con nosotros nos lo recomienda no pocas veces la divina Escritura. Luego, ¿de qué modo nos ama? ¿Para usar o para gozar de nosotros? Si para gozar de nosotros, entonces necesita de nuestra bondad, lo que nadie dirá que esté en su sano juicio. Todo bien nuestro o es Él, o procede de Él. ¿Quién puede dudar, o a quien le está oculto que la luz no necesita del esplendor de las cosas que ella ilumina? Esto lo declara el profeta con toda evidencia: *Yo dije al Señor, tú eres mi Dios, porque no necesitas mis bienes*. Dios, pues, no goza, sino usa de nosotros. Si Dios no goza ni usa de nosotros, no encuentro de qué modo nos ama.

Cap. XXXII

De qué modo usa Dios del hombre.

35. Dios no usa de nosotros como usamos nosotros de las criaturas. El uso que hacemos nosotros lo referimos a gozar de la bondad de Dios; pero el que hace Dios de nosotros lo refiere a su misma bondad. Nosotros existimos porque Dios es bueno, y en cuanto existimos, somos buenos. Aún más, por ser justo Él, no somos malos impunemente, y en cuanto somos malos, en tanto menos ser tenemos. Sólo tiene el ser sumo y primero el que es totalmente inmutable y que con toda verdad pudo decir: *Yo soy el que soy. Les dirás: El que es me ha enviado a vosotros.* Por lo tanto, todas las cosas que existen, no podrían existir a no ser por Él; y en tanto son buenas en cuanto que recibieron el ser. Luego aquel uso que se dice hace Dios de nosotros no se ordena a su utilidad, sino a la nuestra, y su fin es su bondad. Cuando usamos de misericordia nosotros mirando por el bien de alguno, lo hacemos para su utilidad y a ésta atendemos en tal circunstancia: pero, no sé cómo, también se sigue la nuestra, puesto que Dios no deja sin recompensa la misericordia que consagramos al indigente. Esta gratificación es la mayor, pues consiste en que gocemos de Él, y todos los que gocemos de Él gozaremos en el mismo Dios unos de otros.

Cap. XXXIII

De qué modo se ha de gozar de los hombres.

36. Si el gozo mutuo descansara en nosotros colocando la esperanza de la felicidad en el hombre o en el ángel, nos quedaríamos atascados en el camino. Y esto es lo que el hombre y el ángel soberbios quieren adjudicarse, alegrándose cuando alguno pone su esperanza en ellos. El hombre santo y el santo ángel, cuando nos ven fatigados y deseosos de reposar y detenernos en ellos, más bien nos confortan o con el caudal que han recibido para emplearlo en nosotros, o con el que tienen para sí, pero también recibido. Y a los confortados así, los obligan a continuar el camino hacia el bien, a donde, llegando, seremos felices gozando con ellos. Por eso dice el Apóstol: *¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros, o habéis sido bautizados en nombre de Pablo? Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino sólo Dios que da el crecimiento.* También el ángel a quien

adoraba un hombre, dice: No me adores a mí, adora más bien a Dios, porque yo también estoy debajo de Él, y ambos somos sus siervos.

37. Cuando gozas del hombre en Dios, más bien gozas de Dios que del hombre, porque gozas del bien por el que llegarás a ser feliz; y te alegrarás de haber llegado a él, porque es el objeto en quien pusiste la esperanza para venir. Por eso san Pablo dice a Filemón: *Hermano, yo gozo de ti en el Señor*. Si no hubiese añadido *en el Señor*, sino que sólo hubiese dicho, *gozo de ti*, en él hubiera puesto la esperanza de su felicidad. Aunque también de modo parecido se dice gozar, en el sentido de usar con delectación. Porque, cuando se halla presente lo que se ama, es preciso que traiga consigo la delectación, pero si pasando por alto no te fijas en ella y la encaminas a donde ha de permanecer para siempre, entonces usas de ella, y sólo dirías abusiva, no propiamente que gozas de ella. Si te juntas y permaneces en ella poniendo ahí el fin de tu alegría, entonces con propiedad se dirá que gozas de ella, lo cual no debe hacerse, sino con la Trinidad, es decir, con el sumo e inmutable Bien.

Cap. XXXIV

El camino por excelencia para ir a Dios es Cristo.

38. Observa cómo habiéndose humanado para habitar entre nosotros la misma verdad y verbo divino, por quien fueron hechas todas las cosas, no obstante dice el Apóstol: *Si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no le conocemos así*. En efecto, el mismo que no sólo quiso darse en herencia de los que llegan a Él, sino también ser el camino para los que emprenden las sendas que conducen a Dios, ese mismo quiso tomar nuestra carne; a lo cual alude aquella sentencia: *El Señor me creó en el principio de sus caminos*, dando a entender que los que quisieran llegar a Dios habrían de comenzar por Cristo. Pero aunque el Apóstol aún se hallaba en camino hacia la patria, y llamado por Dios seguía hacia el premio de la felicidad eterna, sin embargo, olvidando las cosas que quedan atrás y puesta su consideración en las que estaban delante, había pasado el principio de aquellos caminos, es decir, ya no necesitaba de aquel conocimiento por donde han de comenzar y emprender el camino todos los que desean allegarse a la verdad y permanecer en la vida eterna. Porque dijo el Señor: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*; es decir, yo soy por donde se va, a donde se llega y en donde se permanece. Cuando se llega a Él, también se llega al Padre; pues por el igual se

conoce al igual, enlazándonos y uniéndonos el Espíritu Santo de modo que podamos permanecer en el sumo e inmutable Bien. De donde se infiere, que ninguna cosa nos debe detener en el camino, ya que el mismo Señor, en cuanto se dignó ser nuestro camino, no quiso detenernos, sino que pasásemos por él hacia adelante, para que no nos apegásemos sin solidez aún a las cosas temporales que Él hizo y usó para nuestra salud, sino que más bien pasemos gozosos corriendo por ellas, para que merezcamos ser transportados y conducidos en hombros hasta aquel que libertó a nuestra naturaleza de las cosas corporales y la colocó a la diestra del Padre.

Cap. XXXV

El amor de Dios y del prójimo es la esencia y el fin de la Escritura.

39. El compendio de todo lo expuesto desde que comenzamos a tratar de los objetos o cosas, es entender que la esencia y el fin de toda la divina Escritura es el amor⁴² de la cosa que hemos de gozar y de la cosa que con nosotros puede gozar de ella, pues, para que cada uno se ame a sí mismo, no hubo necesidad de precepto. Para que conociésemos esto y lo ejecutásemos, se hizo por la divina providencia, para nuestra salud eterna, toda la dispensación temporal de la cual debemos usar, no con cierto gozo y amor permanente y final en ella, sino más bien pasajero, es decir, que la amemos como amamos la vía, el vehículo u otra clase de medios, si puede expresarse con palabras más propias; de modo que amemos las cosas que nos llevan al último fin por aquel último fin a donde nos llevan.

De la Santísima Trinidad. (396)

Libro XV

Cap. XVIII

El amor es el don más exquisito de Dios

32. Nada hay más excelente que este don de Dios. Él divide a los hijos del reino eterno de los hijos de la perdición eterna. Otros dones se conceden por mediación del Espíritu Santo, pero sin la caridad de nada aprovechan. Nadie puede pasar del lado izquierdo al derecho si el Espíritu Santo no le hace amator de Dios y del prójimo. El Espíritu se

denomina Don por el amor; y el que no lo posee, aunque hable el lenguaje de los hombres y de los ángeles, es bronce que resuena o esquila que tintinee; y si tuviese el don de profecía y conociese todos los misterios y toda la ciencia, y su fe sea capaz de trasladar montañas, nada es; y aunque distribuya toda su hacienda y entregue su cuerpo a las llamas, de nada le aprovecha. ¡Qué don tan excelso es el amor, sin el cual estos bienes tan grandes a nadie pueden conducir a la vida eterna!

Si el que no posee el don de lenguas ni de profecía, ni conoce los misterios y la ciencia, ni distribuye sus bienes a los pobres, o porque no los tiene o porque se lo impide alguna necesidad perentoria; ni entrega su cuerpo a las llamas, por faltarle ocasión de padecer este suplicio, posee la dilección o caridad -dos nombres distintos de una sola cosa-, ésta le conducirá al reino, y así sólo el amor hace útil a fe. Puede sin el amor existir la fe, pero no aprovecha. Por eso dice San Pablo: *En Cristo Jesús, ni vale la circuncisión ni vale el prepucio, sino la fe actuada por el amor*; distinguiéndola de aquella fe que hace creer y temblar a los demonios⁷⁵. La caridad que viene de Dios y es Dios, es propiamente el Espíritu Santo, por el que se derrama la caridad de Dios en nuestros corazones, haciendo que habite en nosotros la Trinidad. Por esta causa, siendo el Espíritu Santo Dios, se llama Don de Dios. ¿Y qué puede ser este Don, sino amor que nos allega a Dios, sin el cual cualquier otro don de Dios no nos lleva a Dios?

De la gracia y el libre albedrío. (426)

Cap. XVIII

37. Todos estos preceptos del amor, es decir, de la caridad, son de tal naturaleza, que si el hombre creyese haber hecho algo bueno, pero sin caridad, totalmente se equivoca. Y en vano se darían al hombre estos mandatos si no gozara de libre voluntad. Pero ¿quién, sino el mismo Dios, da a los hombres este amor a Dios y al prójimo, que por la ley antigua y la nueva se manda? Bien es de notar que la gracia prometida en la antigua se da en la nueva, y que la ley sin la gracia es letra que mata; con la gracia, en cambio, es espíritu que vivifica. Si la caridad no procede de Dios, sino de los hombres, razón tienen los pelagianos; mas si procede de Dios, hemos vencido a los pelagianos. Sentémonos, pues,

todos en torno al apóstol San Juan, y que éste nos diga: *Carísimos, amémonos unos a otros*. Y cuando en estas palabras comiencen ya los pelagianos a ver el albor de su triunfo y digan: "¿Por qué se nos manda amarnos sino porque de nosotros depende?", continúa San Juan, y confundiéndolos dice: *Porque la caridad procede de Dios*. No viene, pues, de nosotros, sino de Dios. Y si se nos dice: *Amémonos unos a otros, porque la caridad procede de Dios*, es, sin duda, para advertir a nuestro libre albedrío que debe buscar el don de Dios. Lo que ciertamente sin fruto alguno se le advertiría si antes no se le diese algo de caridad, de manera que en el mismo precepto encuentre ya fuerza para cumplirlo. Cuando se nos dice: *Amémonos unos a otros*, tenemos ley; cuando se añade: *Porque la caridad de Dios procede*, se anuncia la gracia; porque *la sabiduría de Dios lleva en sus palabras la ley y la misericordia*. Y por eso se escribió en el Salmo: *Bendición dará el legislador*.

38. Nadie, pues, os engañe, hermanos míos; no amaríamos nosotros a Dios si El primero no nos hubiese amado a nosotros. Esto mismo dice San Juan sin ambages: *Amemos a Dios, porque Él nos amó primero*. La gracia nos hace amantes de la ley, y la ley sin la gracia, prevaricadores, lo que consta por las palabras de Nuestro Señor: *No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros*. Si nosotros hubiésemos sido los primeros, por nuestro mérito nos amaría El; le elegimos primero nosotros a Él para merecer ser por El elegidos. Pero Dios, que es la misma verdad, dice bien otra cosa, que se opone abiertamente a la vanidad de los hombres: *No me habéis elegido vosotros a mí*. Si, pues, no elegisteis, sin duda ninguna que no amasteis. Y ¿cómo habrían de elegir a quien no amaban? *Pero yo, dice, os elegí a vosotros*. Y ¿no fue después, cuando ellos le eligieron y antepusieron a todos los bienes de este mundo? Mas porque fueron elegidos, eligieron, y no al contrario. Nulo es el mérito de los hombres que eligen si la gracia de Dios —elector— no los previniese, y por eso, bendiciendo San Pablo a los tesalonicenses, les dice: *El Señor os acrecienta y haga abundar en caridad de unos con otros y con todos*; Y esta bendición dio para que nosotros nos amáramos quien primero dio la ley mandándolo. Y en otro lugar de la misma carta, porque ya en algunos veía realizado su deseo, dice: *Siempre estamos dando gracias a Dios, hermanos, por vosotros, como es razón, porque se acrece vuestra fe y abunda la caridad mutua entre vosotros*. Dijo esto para que no se envanecieran de tanta gracia de

Dios recibida, creyéndola quizá cosa propia. Porque se acrece vuestra fe y abunda la caridad entre vosotros, hemos de dar gracias al Señor y no alabaros a vosotros, como si esto se debiese a vuestras personas.

Selección de Textos realizada por Lic. Diana Fernandez, UBA.
Edición y Maquetación: Biblioteca Agustiniana de Buenos Aires